

« Gaetano Mammone, sencillo molinero en un principio y luego jefe de los revolucionarios de Sora, fué un hombre sanguinario, cuya barbarie no tiene comparación posible. En el espacio de dos meses, y en un pequeño radio, hizo fusilar á trescientos cincuenta desdichados, sin contar los que asesinaron sus satélites cuyo número es, cuando menos, el doble. No me refiero á los asesinatos en masa ni á las violencias, incendios, ni á las horribles zanjias donde echaba á los infelices que caían en sus manos, ni tampoco me refiero á los extraños suplicios que ejecutaba y que su crueldad le sugería. Este monstruo renovó los tormentos de Procusta y de Mecencio. Su sed de sangre era tal, que bebía la que vertían las heridas de los desdichados que mataba ó que hacía asesinar. *El que traza estas líneas le ha visto*, en casa de un barbero beber su propia sangre, después de ordenar que le sangrasen, y buscar lleno de avidez la de aquellos que fueron sangrados antes que él. Mammone solía comer teniendo en frente suyo una cabeza cortada, y un cráneo humano le servía de vaso. »

Pues bien, á este monstruo, Fernando de Nápoles le llamaba *mi general y mi amigo*.

## CAPÍTULO V

### La galera capitana.

Entre la roca á la cual impuso Virgilio el nombre de promontorio de Miseno, al abrir en ella la tumba del corneta de Héctor, y el cabo Campanella, que en una de sus vertientes vió nacer al inventor de la brújula, y en la otra, errar proscrito y fugitivo al autor de la *Jerusalén libertada*, se abre el magnífico golfo de Nápoles.

Ese golfo siempre risueño, surcado siempre por millares de barcas, y en el cual resuenan de continuo el rumor de los instrumentos y el canto de los que recorren su cristalina superficie, se hallaba el día 23 de Septiembre de 1798 mucho más animado y bullicioso que de costumbre.

El mes de Septiembre, colocado entre los sofocantes calores del verano y las caprichosas lluvias de otoño, es espléndido en Nápoles; y el día en que fechamos las primeras páginas de nuestra historia era uno de las más hermosos de aquel mes. El sol derramaba torrentes de dorada lumbre sobre el vasto anfiteatro de colinas que parecen extender

uno de sus brazos hasta Nisita y el otro hasta Pórtici, para estrechar la ciudad afortunada entre los flancos del monte San Telmo, en cuya cumbre descuellan, semejante á una corona mural colocada sobre la frente de la moderna Partenope, la antigua fortaleza de los príncipes angevinos.

El golfo, sábana inmensa de azul parecida á una alfombra bordada de lentejuelas de oro, se estremecía al soplo de una brisa matinal, ligera, balsámica y perfumada, cuyo aliento era tan suave, que provocaba una inefable sonrisa en los rostros que acariciaba, y tan vivaz, que en los pechos que dilataba surgía al instante esa inmensa aspiración hacia lo infinito que hace creer orgullosamente al hombre que es ó que puede llegar á ser un dios, y que este mundo no es sino una transitoria hostería colocada en el camino del cielo.

Las ocho daban en la iglesia de San Fernando que forma el ángulo de la plaza del mismo nombre y de la calle de Toledo.

Aun no se había desvanecido la última vibración del timbre que mide el paso del tiempo, cuando las mil campanas de las trescientas iglesias de Nápoles voltearon alegre y ruidosamente en las aberturas de sus campanarios: al mismo tiempo, los cañones del fuerte del Huevo, del Castel-Nuovo y del Carmine

rugieron en horrisona tormenta, como queriendo abogar con sus múltiples detonaciones el rumor de las campanas, mientras que el fuerte de San Telmo, envuelto en llamas y nubes como un cráter en erupción, improvisaba frente al mudo volcán un nuevo Vesuvio.

Campanas y cañones saludaban con sus voces de bronce una magnífica galera que en aquel momento se desprendía del muelle, atravesaba el puerto militar bajo la doble presión de los remos y de la vela, y avanzaba majestuosamente hacia la entrada del golfo; seguíanla diez ó doce barcas más pequeñas, pero casi tan magníficamente adornadas como su capitana, la cual hubiera podido rivalizar en riqueza con el *Bucentauro* cuando conducía al dux á desposarse con el Adriático.

Mandaba aquella galera un oficial de cuarenta y seis á cuarenta y siete años que vestía el rico uniforme de almirante de la marina napolitana; su varonil fisonomía, de una belleza severa é imperativa, tenía esa máscara bronceada que el sol y el viento imprimen en el rostro del marino: aunque su cabeza se hallaba descubierta en señal de respeto, á primera vista se conocía en la actitud de su elevada frente, sombreada de cabellos grises, cuyos mechones debía haber sacudido más de una vez el agudo soplo

de la tempestad, que cualesquiera que fuesen las ilustres personnas que iban á bordo, él era el comandante de la embarcación; signo visible de mando habría sido la bocina de plata sobredorada que pendía de su brazo derecho, si la naturaleza no se hubiese encargado de imprimir ese signo de una manera mucho más indeleble en el brillo de sus ojos y en el acento de su voz.

Aquel marino se llamaba Francisco Caracciolo y pertenecía á la antigua familia de los príncipes Caraccioli, acostumbrados á ser los embajadores de los reyes y los amantes de las reinas.

Caracciolo estaba de pie en su banco de guardia como en un día de combate.

Un toldo de púrpura, adornado con las armas de las Dos Sicilias, cuyo objeto era resguardar del sol á los augustos pasajeros que abrigaba, cubría todo el combés de la galera.

Los pasajeros formaban tres grupos, de aspecto y actitud diferentes.

El más considerable de todos ocupaba el centro del buque y se componía de cinco hombres, tres de los cuales se hallaban casi fuera del toldo; cintas de todos los colores sostenían á su cuello cruces de todos los países, y en su pecho, surcado de cordones, brillaban multitud de placas. Dos de entre ellos lleva-

ban, como señales definitivas de su rango, llaves de oro sujetas á la cintura de la casaca, lo cual significaba que tenían el honor de ser chambelanes.

El personaje principal de aquel primer grupo era un hombre de cuarenta y siete años, alto y delgado, aunque vigorosamente constituido. Su espalda se hallaba ligeramente encorvada por la costumbre de inclinarse para escuchar á los que le hablaban. Á pesar de su uniforme cubierto de bordados de oro, á pesar de las placas de diamantes que brillaban sobre su pecho, á pesar del título de majestad que á cada paso le prodigaban los que le dirigian la palabra, su aspecto era vulgar, y ninguna de sus facciones, por más que se examinasen detalladamente, revelaba en él la dignidad de rey. Sus pies eran grandes, anchas sus manos y abultadas y sin finura las muñecas y la caña de la pierna. Su frente deprimida y su barba en ángulo obtuso, doble signo que dejaba adivinar la ausencia de sentimientos elevados y la debilidad é irresolución de carácter, hacían resaltar una enormenariz, señal infalible de instintos groseros y de torpe lujuria: sólo la mirada era viva y burlesca, pero casi siempre falsa y algunas veces cruel.

Aquel personaje era Fernando IV, hijo de Carlos III, y rey, por la gracia de Dios, de las Dos Sicilias y de Jerusalén, infante de España, duque

de Parma, Plasencia y Castró, y gran príncipe heredero de Toscana á quien los lazzaroni de Nápoles llamaban sencillamente, prescindiendo de tantos títulos y rodeos, *el rey Nasone*.

El que departía con él más particularmente, vestido con más sencillez que los otros, sin embargo de llevar el uniforme de los diplomáticos, era un vejete de sesenta y nueve años, pequeño de cuerpo, y con los cabellos ralos, completamente canos y peinados hacia atrás. Su barba y nariz puntiagudas, su boca sumida y su ojo investigador, claro é inteligente formaban una de esas fisonomías que la gente del pueblo llama de naípe ó de hoja de cuchillo: sus manos, que parecía cuidar con exquisito esmero, estaban medio cubiertas por puños de magnífico encaje de Inglaterra, y se hallaban cargadas de preciosos camafeos antiguos engarzados en anillos de oro. Dos órdenes brillaban únicamente en su pecho: la placa de San Javier y el cordón rojo del Baño con su aurífera medalla en forma de estrella, en la cual se veían un cetro, una rosa y un cardo en medio de tres coronas imperiales.

Aquel segundo personaje era sir William Hamilton, hermano de leche del rey Jorge III y embajador de la Gran Bretaña cerca de la corte de las Dos Sicilias, desde hacía treinta y cinco años.

Los tres restantes eran el marqués de Malaspina, edecán del rey, su primer ministro el irlandés Juan Actón, y el duque de Ascoli, su chambelán y amigo.

El segundo grupo, semejante á un cuadro pintado por Angelica Kauffmann, se componía de dos mujeres, á las cuales hubiera consagrado particular atención el observador más indiferente, aun ignorando su rango y celebridad.

La de más años, sin embargo de haber pasado ya la primavera de la vida, conservaba restos de notable belleza; su estatura era mediana, más bien baja que alta, y sus formas empezaban á redondearse por una obesidad que la frescura de su cutis hubiera hecho creer demasiado precoz, si algunas arrugas profundas, hijas de las preocupaciones de la política y del peso de la corona más bien que del de los años, no hubiesen surcado el marfil de una frente espaciosa y dominadora, dejando adivinar los cuarenta y cinco años que se hallaba á punto de cumplir. Sus cabellos rubios, de exquisita finura y de un matiz delicioso, encuadraban admirablemente una fisonomía, cuyo óvalo primitivo habían alterado las contracciones de la impaciencia y del dolor. Cuando el pensamiento animaba de pronto sus ojos azules, fatigados y distraídos de ordinario, lanzaban miradas sombrías, eléctricas hasta cierto

punto, las cuales, después de haber sido el reflejo del amor y la llama de la ambición, se habían convertido en el relámpago del odio. Sus labios húmedos y encarnados, desiguales entre sí, puesto que el inferior avanzaba más que el superior, dando á veces á la fisonomía una expresión de indecible desprecio, se habían marchitado bajo las incansables mordeduras de unos dientes siempre hermosos y brillantes como perlas. La nariz y la barba conservaban la pureza griega; el cuello, los hombros y los brazos permanecían irreprochables.

Aquella mujer era la hija de María Teresa, la hermana de María Antonieta de Francia; era María Carolina de Austria, reina de las Dos Sicilias y esposa de Fernando IV, la cual, por razones que luego expondremos, sintió por su augusto esposo completa indiferencia en un principio, después invencible repugnancia, y en seguida profundo desprecio. María Carolina se hallaba en la tercera de estas transformaciones, que no debía ser la última. Sólo los lazos de las necesidades políticas unían á los ilustres esposos; fuera de esto vivían completamente separados; el rey cazando en sus bosques de Lincola, de Persano y de Astroni, ó bien descansando de sus cacerías en su harén de San Leucio; y la reina dirigiendo la política desde Nápoles, Caserta

ó Pórtici, con su ministro Actón, ó tomando el fresco bajo las bóvedas de naranjos con su favorita Emma Lyonna, la cual se hallaba en aquel momento recostada á sus pies como una esclava regia.

La vista de esta última bastaba para comprender, no solamente el favor un tanto escandaloso de que disfrutaba cerca de Carolina, sino el frenético entusiasmo que aquella maga encantadora produjo entre los pintores ingleses, quienes la representaron bajo todas formas, y entre los poetas napolitanos, que la cantaron en todos los tonos. Si la naturaleza humana puede llegar á la perfección de la belleza, Emma Lyonna había conseguido esa perfección. En sus intimidades con alguna moderna Safo, había heredado sin duda aquella preciosa esencia que Venus dió á Faón para hacerse amar irresistiblemente. Cuando se fijaba en ella la mirada atónita, los contornos de aquel cuerpo admirable no se distinguían sino á través del vapor de voluptuosidad que de él se exhalaba; poco á poco la vista rasgaba el velo y la diosa aparecía.

Tratemos de describir aquella mujer extraordinaria, que descendió á los más profundos abismos de la miseria y que llegó á la más espléndida cumbre de la prosperidad. En la época en que la presentamos en escena, hubiera podido rivalizar en

talento, gracia y belleza con la griega Aspasia, con la egipcia Cleopatra y con la romana Olympia.

Emma tenía ó parecía tener esa edad en que la mujer llega al apogeo de su desarrollo físico. Su persona producía una especie de ofuscación, cuando la vista pretendía analizar detalladamente sus encantos. Su rostro, redondo y juvenil como el de una niña de quince años, se destacaba de las hermosas trenzas de una cabellera castaña; sus ojos, cuyo color hubiera sido imposible determinar, brillaban bajo el arco perfecto de unas cejas que parecían dibujadas por el pincel de Rafael; era su cuello blanco y flexible como el de un cisne, y sus brazos y hombros, cuya morbidez y gracia recordaban, no las frías creaciones del cincel antiguo, sino los mármoles suaves y palpitantes de Germán Pilon, disputaban á esos mismos mármoles su firmeza y sus venas de azul. La boca, semejante á la de aquella princesa, hija de una hada, que vertía una perla á cada palabra y un diamante á cada sonrisa, era un entreabierto piñón de coral, un tesoro inagotable de besos de amor. El traje de Emma contrastaba con el espléndido y regio atavío de María Carolina: vestía una larga túnica de cachemira blanca, de anchas mangas, descotada á la griega en su parte superior y sujeta al talle por un cinturón

de tafilete encarnado bordado de oro, de rubies, ópalos y turquesas, al cual servía de hebilla un rico camafeo que representaba el retrato de sir William Hamilton; ceñía sus hombros á guisa de manto un amplio chal de la India salpicado de flores de oro, manto que más de una vez le había servido, en las tertulias íntimas de la reina, para bailar aquel paso del *chal* que ella había inventado y cuya voluptuosidad y mágica perfección no supo nunca imitar ninguna bailarina.

Más adelante tendremos ocasión de dar á conocer á nuestros lectores el extraño pasado de aquella mujer, á la cual no nos es posible dedicar en este capítulo de introducción descriptiva sino algunas ligeras líneas, á pesar del importante papel que desempeña en la historia que vamos á referir.

El tercer grupo, paralelo á éste y situado á la derecha de aquél en que se hallaba el rey, se componía de cuatro personas: dos hombres de edad diferente que hablaban de ciencias y de economía política, y una joven pálida, triste y mediatunda que mecía en sus brazos y estrechaba contra su corazón á una niña de pocos meses.

Á algunos pasos de allí, la nodriza de la niña, fresca y robusta campesina vestida con el traje de las mujeres de Aversa, se mantenía medio oculta

en la penumbra, desde la cual brillaban á pesar suyo los bordados de oro de su corpiño.

El más joven de aquellos dos hombres contaba apenas veintidós años; sus cabellos eran rubios, su rostro completamente imberbe, y abultaba su abdomen una obesidad precoz que el veneno debía convertir muy pronto en delgadez cadavérica. Vestía un uniforme azul celeste bordado de oro y sobrecargado de cordones, de cruces y de placas; llamábase Francisco de Borbón y era hijo mayor del rey y de la reina María Carolina, duque de Calabria y presunto heredero de la corona. Tímido y dulce de carácter, asustábanle las violencias reaccionarias de la reina, y entregado en cuerpo y alma á los estudios científicos y literarios, todo su deseo se reducía á permanecer lejos de la máquina política, por cuyas ruedas temía ser destrozado.

El que departía con el príncipe en aquel momento, personaje grave y severo, como de cincuenta á cincuenta y dos años de edad, era, no precisamente un *sabio*, según la aceptación que en Italia se da á esta palabra, sino un *sabiente ó sabidor*, título que en mi concepto vale mucho más. Sobre su uniforme adornado con extremada sencillez brillaba por toda condecoración una cruz de Malta, la cual suponía doscientos años de no interrumpida nobleza;

y en efecto, su propietario era un noble napolitano, bibliotecario del príncipe y gentilhombre decámara de la princesa, llamado caballero de San Felice.

La princesa, por la cual hubiéramos debido empezar la descripción de este grupo, era la joven madre que estrechaba á su hija contra su corazón, como si adivinara que bien pronto habría de dejarla abandonada sobre la tierra para volar al cielo. Llamábase Clementina de Austria, y, de igual modo que su suegra, era archiduquesa de la altiva casa de Habsburgo. Cuando apenas contaba quince años, abandonó á Viena para casarse con Francisco de Borbón; y sea por juveniles amores dejados en su patria, sea por el desencanto hallado en la de su esposo, nadie, incluso su hija, si su edad la hubiese permitido comprender, vió nunca asomar una sonrisa á sus labios. Flor del Norte apenas entreabierto, se marchitaba á los ardientes rayos del sol de Mediodía; su tristeza era un secreto que la minaba lentamente, sin quejarse ni á Dios ni á los hombres. Pura y piadosa víctima expiatoria, parecía comprender que se hallaba condenada, no por sus faltas, sino por las de los demás, y sufría con resignación su destino: Dios, cuya justicia abarca la eternidad, tiene á veces esas misteriosas contradicciones, incomprendibles á nuestra mortal y efímera justicia.

La hija que la princesa estrechaba contra su corazón, tierna niña cuyos ojos se habían abierto á la luz hacía algunos meses, era aquella segunda María Carolina que heredó las debilidades, aunque no los vicios de la primera; ella fué la joven princesa que desposó el duque de Berry, la que el puñal de Louvel convirtió en viuda, y la sola de la rama mayor de los Borbones que dejó en Francia una memoria simpática y un recuerdo caballeresco.

Á la sombra de aquel rico toldo de púrpura y al compás de una orquesta dirigida por el buen Domingo Cimarosa maestro de capilla y compositor de la corte, aquella multitud compuesta de reyes, de príncipes y de cortesanos se deslizaba sobre el azul espejo del golfo, dejando á la espalda á Resina, Pórtici y Torre-del-Greco, y avanzaba hacia alta mar en la magnífica nave, al impulso de esa dulce brisa de Bafa, tan fatal al honor de las matronas romanas, cuyo voluptuoso hálito, al expirar bajo los pórticos de los templos, hacía florecer dos veces al año los rosales de Pesto.

Más allá de Capri y del cabo Campanella, veíase al mismo tiempo en la línea del horizonte un navío de guerra, cuyo volumen crecía á medida que disminuía la distancia, y el cual, al distinguir la flotilla

real, maniobró para avanzar á su encuentro y disparó un cañonazo en el momento de poner la proa hacia ella.

Una ligera columna de humo apareció en seguida en el flanco del coloso y acto continuo se vió ascender graciosamente al tope del mastelero mayor el pabellón encarnado de Inglaterra.

Algunos segundos después, se dejó oír una detonación prolongada, semejante al lejano retumbar del trueno.